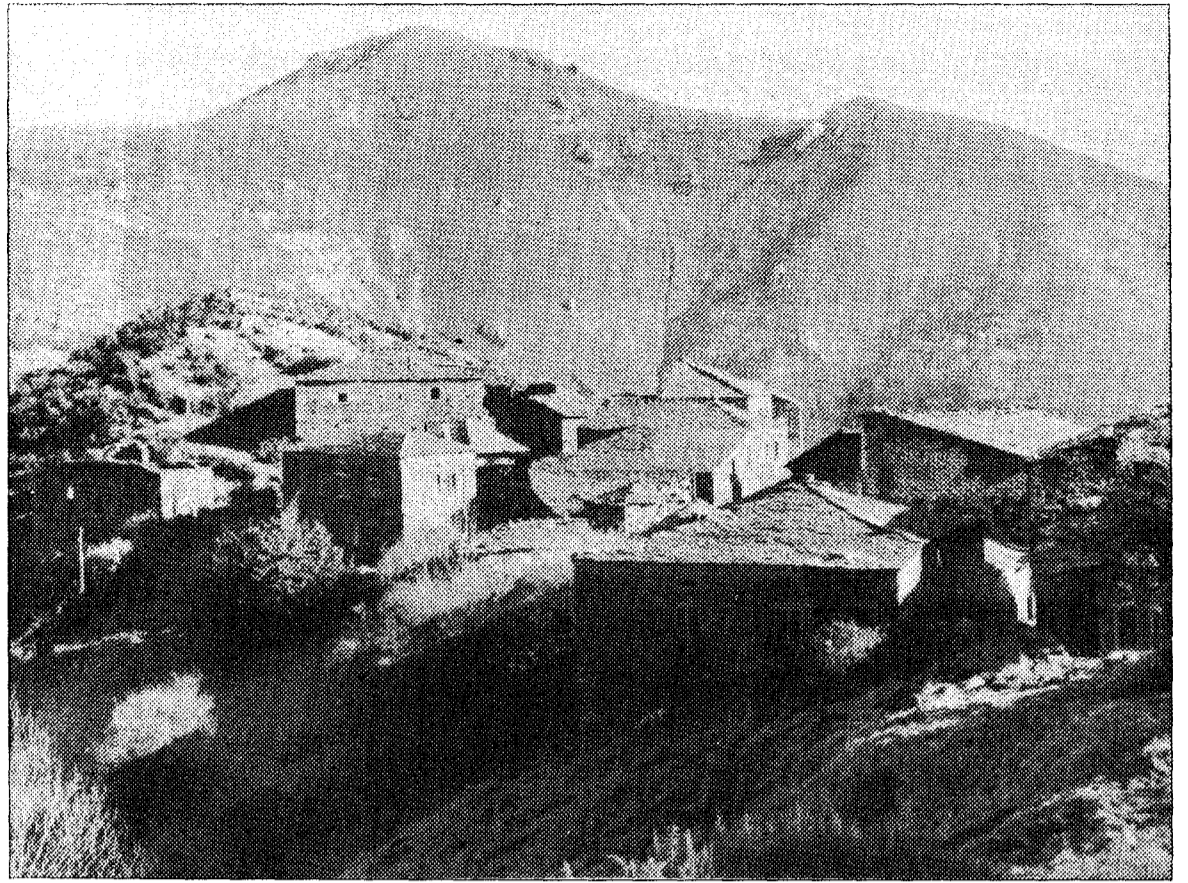




Oliver, con su padres adoptivos, Alejandro y Rosario, un matrimonio que vive con la felicidad del hijo que no tuvieron.



San Cristóbal, cuando era próspero, llegó a contar con catorce vecinos. Hoy día sólo un matrimonio y Oliver viven en la aldea.

Un niño alemán, nieto de millonarios, deja su familia para vivir con el único matrimonio que habita la aldea de San Cristóbal

El Oliver Twist de los Oscos

San Cristóbal (Los Oscos), Jorge JARDON

OLIVER Haller, un adolescente alemán de 15 años, muy bien podría ser el Oliver Twist de los Oscos. Nada importa que los tiempos sean otros. Ni que la ascendencia, el entorno y lo demás sean bien distintos de los de la Inglaterra del siglo XIX. Como tampoco nada tiene que ver el avaro de la novela con el calor humano y generoso de Alejandro y de Rosario. Pero en la distancia, en Oliver Haller late el espíritu del personaje de Dickens.

La historia de Oliver es demasiado sencilla, pero conmovedora. La dureza de vida de estos años ha destapado en él la ternura del niño que necesita querer y ser querido. Oliver llegó a España cuando tenía 11 años, y después de vagar durante cuatro años entre comuna y comuna decidió romper con todo e iniciar una vida más estable. Dejó a su madre en la comuna del Picón y se marchó a vivir al pueblo con un matrimonio mayor.

En busca del pan

La historia tiene lugar en San Cristóbal, una aldea de Villanueva de Oscos a la que se llega mal. La aldea, que en algún tiempo contó hasta con catorce vecinos, venía siendo habitada, desde hace años, por sólo dos personas, Alejandro y Rosario, un matrimonio entrado en años y sin hijos. Oliver Haller, como un animal doméstico necesitado de estabilidad y de cariño, dejaba la comuna en cuanto podía y bajaba a ayudar tímidamente en los trabajos de la casa de Alejandro.

Las visitas se hicieron más frecuentes y un buen día le di-

eron que si quería una cama. Se la prepararon y ya nunca más marchó de allí. Esto fue en el mes de mayo y, desde entonces, Oliver es uno más en la casa, es como el hijo que nunca llegaron a tener, un gozo que colma la soledad de tantos años.

Oliver, a quien encontramos junto a su nueva casa, se siente feliz y en un ambiente que le va. Después de peregrinar estos años por las comunas de Mouselle, de Sela y de Picón, se siente «anticomunero del todo». Lo trajeron de Alemania unos compañeros para visitar a su madre, que estaba en una comuna de aquéllas, y se quedó entre ellos. Pero la experiencia no parece haberle resultado nada convincente.

«He pasado», confiesa, «frio y hambre como un perro». El tejado de la casa, explica Oliver, estaba tan deteriorado que «me llovía en la cama, y como los comuneros tan "tolos y nun trabayan", porque sólo saben jugar a las cartas y tomar café, aquella situación resultaba in-vivable». Además, sigue explicando Oliver en una mezcla de astur-galaico-alemán que le da un acento peculiar, «había que tener cuidado con ellos, porque "róbanche úa cousa" por menos de nada».

Encima «no se lavan y son unos mangantes», sigue contando el rapaz, «y piensan que con la guitarra y con plantar cuatro "cousas" que no valen para nada ya tienen para vivir». Recuerda Oliver que, si el frío que pasó por esas chozas fue gordo, el hambre fue aún mayor. Cuenta que llegó a estar hasta tres días seguidos sin comer y que, en una ocasión, en la que lo llevaron a la playa de Navia, tanta hambre tenía que tuvo que recurrir a comer



Oliver se ha convertido en el guardián de los vivos y de los muertos de San Cristóbal. En su asturiano-galaico-alemán dice que de allí no se mueve.

almejas crudas que encontró por las orillas del mar.

Lo malo del banquete fue que las almejas le afectaron tanto al estómago que tuvo que pasar quince días en la cama con dolores intensísimos. A partir de aquel día, explica Alejandro, «el crio ya no pudo comer ninguna clase de pescado, ni tan siquiera una conserva, porque todo lo que huela a mar le supone repugnancia».

Un Mercedes a la puerta

A pesar de que cuando vivía con sus abuelos «tenía lo que quería», incluso un chalé a las afueras de Colonia y un Mercedes a la puerta, Oliver se encuentra tan identificado con los Oscos que no siente ninguna gana de regresar definitiva-

mente a Alemania. Allí, argumenta él, «hay contaminación y apenas se ven árboles, y ni siquiera existe la amistad, porque viven por la ley de la selva, el que más puede es el dueño. Aquí, sin embargo», sigue diciendo, «todo es de maravilla y tengo muy buenos amigos en el pueblo de Morlongo, con los que, incluso, alguna vez fui a la discoteca a Ribadeo. Y eso de llegar a las 5 de la mañana a casa, en Alemania es impensable, ya que si te coge un policía más tarde de las 10, él mismo se encarga de llevarte a casa».

Oliver recuerda con especial emoción la visita que hicieron sus abuelos al pueblo en el pasado verano. «Pasamos juntos», dice, «unos días estupendos y me cargaron de regalos.

Entre éstos, una moto que me vale para mucho, pero que en estos momentos está averiada por causa de un compañero alemán que vino a verme hace unos días. Sin que yo lo viera, cuando marchaba ya, me robó una pieza de la moto y tengo que esperar a conseguir un repuesto».

Aunque es verdad que Oliver sube con frecuencia a la comuna de Picón para ver a su madre, lo cierto es que su sitio parece estar en su nueva casa.

Tanto Alejandro como Rosario lo consideran como un hijo, pero también él, explican contentos, «nos quiere con locura, e incluso muchas veces nos lleva el café a la cama. Y si al anochecer falta alguien sin volver a casa, sale en busca

nuestra y no para hasta dar con nosotros».

No cabe duda, comenta Alejandro, «que Oli, como lo llamamos nosotros, nos vino a alegrar la vida. Antes», sigue explicando Alejandro, «la única diversión que llegaba al pueblo era la de los jóvenes del campo de trabajo, pero eso es sólo en épocas de vacaciones. En las pasadas Navidades estuvieron aquí chavalas y chavales de Sevilla, Valencia, Guadalajara y de algunos lugares más y nos juntamos todos para pasar la Nochevieja, y cantamos y bailamos a nuestra manera hasta que cansamos». Alejandro, a sus sesenta y tantos años, tampoco tiene deseos de abandonar su aldea, a pesar de que el pueblo tiene muchos inconvenientes y que carece de luz. «Desde que se estropeó una bobina de la dinamo, hace más de un año, estamos sin luz y tenemos que valernos del butano. Y para seguir así, porque no merece la pena arreglarla, ya que debido a la escasez de agua sólo la podíamos usar un par de meses al año. Y este año, con la sequía que hay, no la hubiésemos podido utilizar en ningún momento».

Oliver, que se ha convertido en el cuidador de los vivos y de los muertos de San Cristóbal, tiene previsto hacer una escapada a Alemania para arreglar unos papeles y regresar cuanto antes. «Vuelvo, vuelvo», le dice él al bueno de Alejandro, «vuelvo, porque aquí está mi sitio para siempre y aquí no echo de menos nada». Y cuando Alejandro insiste en que «el mejor día lo engancha una comunera y nos lo lleva de aquí», Oliver Haller vuelve a manifestarse como el Oliver de los Oscos.

Jueves, 19 de enero
20 horas

CICLO: EN TORNO A PORTUGAL

PORTUGAL, MIRADA INSOLITA

Proyección de diapositivas por LUCIEN CUGNAC, acompañada de un recital poético sobre textos de ADOLFO CAMILO DIAZ. Recita: CARMEN BELEN JIMENEZ

COLABORACION CON ALIANZA FRANCESA

**CLUB
PRENSA
ASTURIANA**

CALVO SOTELO, 7. OVIEDO

Director del Club: Lisardo Lombardía

230550

ENTRADA LIBRE

Viernes, 20 de enero
20 horas

PRESENTACION
DE LOS
**I ALCUENTROS
DE BANDAS
DE GAITAS
ASTURIANAS**

Colaboración con la
SOCIEDAD CULTURAL
«PEÑAS JUNTAS», DE
PROAZA

Lunes, 23 de enero
20 horas

CHARLA-COLOQUIO
**DESARROLLO Y
PERSPECTIVAS DE
LA REVOLUCION
NICARAGÜENSE**

Por LUIS ALFREDO LOBATO BLANCO, director de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN). MANAGUA

Presenta el acto: JAVIER RAMOS, periodista (miembro del Comité de Solidaridad con América Latina)